

CAPÍTULO I. *De fray Juan Calero, primer mártir de los cristianos viejos, en esta nueva iglesia, en la santa provincia de Xalisco*



FRAY JUAN CALERO FUE EL PRIMER MÁRTIR de los cristianos viejos, en esta tierra; y digo que fue el primero de los cristianos viejos porque de los cristianos nuevos primero fue martirizado un niño indecito, de la provincia de Tlaxcalla, llamado Cristóbal, como dejamos dicho en el libro quince,¹ y después de él otros dos, también tlaxcaltecas, entre Quauhtinchan y Tecali, como se contó en el mismo libro. Y porque algunos ponen por primero de los antiguos cristianos a un religioso francés, llamado fray Bernardo Cosin, digo que se yerran por no haber visto lo que cerca de esto dejó escrito el padre fray Toribio Motolinía, a quien se debe dar entero crédito por haber lo uno y lo otro pasado en su tiempo; el cual, habiendo contado y celebrado con palabras de espiritual gozo el martirio de fray Juan Calero, añade las que se siguen diciendo: dos cosas saco yo de aquí para mí, por las cuales querría mucho alabar y bendecir a Dios. La una ver que el primer mártir de este nuevo mundo tomó Dios del humilde estado de los menores y de los legos, donde había tantos y tan antiguos sacerdotes con tan grandes deseos de morir por Jesucristo y que con esta hambre y sed pasaron el mar y vivieron entre estos infieles del occidente, y que da Dios a aqueste humilde lego la primera corona de martirio. La otra es que este primer mártir fue hijo de esta nueva iglesia y que en esta provincia del Santo Evangelio tomó el hábito, trece años antes que lo martirizasen; de lo cual yo tomo argumento y señal, que Dios quiere hacer grandes mercedes a esta su nueva esposa. Éstas son las palabras formales del padre fray Toribio, donde claramente parece cómo primero fue muerto fray Juan Calero, que fray Bernardo Cosin; y también se entiende cómo llamándolo primer mártir habla de los que de Europa pasaron a estas partes y no de todos en general; pues el mismo padre fray Toribio, como testigo de vista, que en aquellos tiempos estaba en el convento de Tlaxcalla, cuenta también el martirio del indio Cristobalico, que pasó muchos años antes.

Pues para entender de raíz la ocasión de la muerte de fray Juan Calero, y también la de su guardián, que tras ella se seguirá, es de saber que en el año del Señor de 1539 se comenzó a fundar un monasterio de frailes menores en un pueblo llamado Ezatlan, que es en la gobernación de la Nueva Galicia o provincia de Xalisco. En este monasterio fue primero guardián

¹ Supra. lib. 15. cap. 30, 31 et 32.

un fraile, llamado fray Antonio de Cuéllar, de la provincia de Santiago, que había tomado el hábito en el convento de San Francisco de Salamanca. Este religioso trabajó fielmente en doctrinar, enseñar y traer a nuestra santa fe a los indios de aquel pueblo y provincia, con todos los comarcanos que son de los que llamamos chichimecas, los cuales hasta entonces poco o nada habían oído de la palabra de Dios, y en espacio de año y medio, con la gracia divina, y con su buen ejemplo y doctrina, trajo muchos pueblos a la obediencia de nuestra santa madre iglesia y confesión de la santa fe católica, bautizando muchos niños y algunos adultos, según que cada uno de ellos se iba disponiendo de su parte; y algunos que estaban derramados por los montes o quebradas los recogió y redujo a que morasen en comunidad, y a que hiciesen pueblos ordenados en traza, como en nuestra España. En este medio tiempo sucedió tenerse capítulo en la ciudad de Mexico, según es costumbre en las religiones y para venir al capítulo el guardián fray Antonio de Cuéllar dejó en su lugar, por presidente o vicario de la casa, a otro sacerdote que moraba en su compañía, y con él a fray Juan Calero, lego, que (según parece) sabía la lengua de los indios y había trabajado mucho con ellos ayudando a su guardián, en cuya ausencia, el año de 1541, se alzaron ciertos indios de aquella provincia de Xalisco llamados caxcanes, y desamparando sus pueblos y la fe cristiana que habían recibido, se subieron a las serranías de Tequila; y tras ellos se alzaron también los de un pueblo que era de la visita de Ezatlan, de los que aquellos religiosos habían convertido y los tenían debajo de su doctrina. El sacerdote que presidía en la casa no debía de saber la lengua de los indios; por lo cual fray Juan, que los había doctrinado, viendo la grande ofensa que aquellos sus ahijados hacían a Dios, en apostatar de su fe y recelándose que si no volvían a poblado habían de ser muertos por los españoles o (a mejor librar) dados por perpetuos esclavos, movido con celo de la salvación de aquellos bárbaros y con caridad cristiana, pidió licencia a su presidente para ir a aquellas serranías a reducirlos y traerlos a sus pueblos donde antes estaban. El sacerdote, que tenía las veces del prelado, túvolo por bien, considerando que la obra que quería hacer fray Juan era piadosa y santa y él mismo le animó a ello y se lo mandó; y como el primer paso en los peligros es hacer oración a Dios y pedirle el favor y ayuda de su mano diestra; como lo hizo Judith para vencer a Holofernes, acudió este fervoroso siervo suyo a Él; y aunque siempre era muy cuidadoso en su servicio y en la oración, ahora dobló sus vigiliass, sus disciplinas y ayunos, peleando varonilmente contra las tentaciones, quebrantando su voluntad propia; sujetándola a la ajena, porque el cuerpo obedeciese al ánima, y ambos juntos a Dios. Con esta preparación que este bendito lego hizo se dispuso para la jornada; juntando a lo dicho la confesión y comunión el primer día de pascua de Espíritu Santo; en el cual día fueron fortalecidos por él los corazones y ánimos de los apóstoles de Cristo para oponerse a las fuerzas del demonio y contradicciones del mundo; y con este ejemplo que fray Juan tuvo a los ojos, encomendándose siempre a nuestro Señor con mucha devoción y puesta su ánima con Dios, tomó su camino para la serranía donde los alzados

estaban. Llegado a Tequila llamólos amorosamente como solía; y juntos hizoles un razonamiento muy espiritual y devoto, persuadiéndolos a que no dejasen la fe que habían recibido para salvar sus ánimas y no se dejasen engañar del demonio que deseaba y procuraba llevarlos consigo al perpetuo fuego del infierno; que se volviesen a su asiento y población, adonde los religiosos y padres suyos espirituales, que como a hijos los amaban, los habían puesto; que él ofrecía y prometía de alcanzarles perdón de los yerros pasados en que habían sido culpados por matar ciertos españoles, y por haber levantado de nuevo un ídolo e invocado a los demonios. Los chichimecas que oyeron esta plática, como conocían a fray Juan por hombre de vida inculpable, y sabían que los amaba, recibieron sin alteración sus palabras; y diéronle por respuesta que se volviese a su monasterio que ellos sabían lo que les convenía y mirarían lo que habían de hacer. Vista su determinación y que no era posible llevarlos consigo, volvíase fray Juan para su convento. Porque dice el Sabio: donde no hay orejas para oír no derrames las palabras de tu boca. Llegaron a este tiempo otros de aquellos bárbaros que no oyeron la plática; mas sabiendo a lo que el siervo de Dios venía (como eran más culpados en la muerte de los españoles y en los demás delitos que habían cometido y andaban ya encarnizados y ofrecidos del todo al demonio) tomaron por afrenta que aquel religioso hubiese ido a predicarles otra vez la fe de Cristo y sacarlos de su antigua idolatría; y a esta causa determinaron de matarlo y fueron en su seguimiento. Algunos dicen que una india fue la que los incitó e indignó contra el siervo de Dios (como otra Jezabel al rey Achab, contra el inocente Nabot; y como Herodías al rey Herodes contra San Juan Bautista),² diciéndoles que no serían hombres si no matasen aquel fraile que allí, donde estaba, los iba a vender y engañar. Como quiera que sea los bárbaros siguieron a aquella mansa oveja con sus arcos y macanas que son unos palos anchos de encina que les sirven de espadas o porras. Como el santo mártir los vio venir de aquella manera conoció que lo venían a matar; y vuelto a ellos comenzóles a predicar y a detestar el mal intento con que venían y la ofensa que a Dios hacían en no creerle y en matarle, porque les aconsejaba aquella santa doctrina. Pero los indios a nada atendían, si no era a matarle; púsose de rodillas dando gracias a nuestro Señor por la merced que le hacía, en que le matasen por su amor y por la confesión de su santa fe. Los bárbaros, sin guardarle el respeto que hasta entonces le habían tenido, dispararon en él sus flechas y asaeteado cayó en tierra confesando el nombre de Dios entre aquellos descreídos. Los cuales, no contentos con lo hecho con las macanas le quebraron los dientes y muelas en la boca, diciendo: ya no nos predicarás más cosas del cielo ni del infierno, ni hemos menester ni queremos tu doctrina. No fue pequeña la ofensa que estos bárbaros hicieron a Dios en este hecho; porque en decir que ya no querían oír cosas del cielo, ni del infierno, ni la predicación evangélica, ofendieron a la fe que es la que enseña ser esto necesario para conseguir la vida eterna; y no menos injuria

² 3. Reg. 21. Marc. 6.

recibió la palabra de Dios en cuya comparación el oro muy preciado (como dice el Sabio) es arena muy deshecha y menuda; y aunque el oro falte nunca ella ha de faltar; y cuando los hombres cesasen por negligencia propia de predicarla, las piedras darían voces; y vemos que los niños inocentes, muriendo y no hablando, confesaron la fe y fueron mártires; porque en ellos y en cada uno de ellos buscaban al niño Jesús; y en cada uno que mataban creían que Jesús moría; por esto se atrevieron estos excomulgados homicidas a matar a este predicador de Jesucristo, creyendo que muerto él cesaría la doctrina; pero engañáronse porque entonces comenzó a echar raíces y a reforzarse más para proseguir adelante, y ellos quedaron burlados y el santo lego hecho mártir. Y no contentos con lo hecho (con ser el caso inhumano) diéronle también con la macana muchos golpes en la cabeza; y aunque de muchas partes le corría sangre, viendo que aun no estaba del todo muerto, lo acabaron de matar a pedradas. De suerte que este bienaventurado mártir padeció los tormentos de los gloriosos mártires San Esteban, que fue apedreado, San Sebastián, asaeteado, Santa Polonia, quebrantados los dientes y Santo Tomás, arzobispo cantuariense, a quien fue rajada la cabeza.

Llevaba este santo religioso en su compañía cuatro indios cristianos de los que servían en la iglesia, dos niños que ayudaban a misa a los frailes y dos otros mayores. De estos últimos, el uno llamado Francisco se escapó y llevó la nueva a Ezatlan, de lo que había sucedido. Los otros tres no quisieron huir sino morir con su padre y maestro con el cual se abrazaron llorando, viendo la crueldad con que lo trataban; y abrazados con él los mataron aquellos descreídos bárbaros cuyas ánimas piadosamente podemos creer que el santo mártir las llevó consigo al cielo. Los de Ezatlan, haciendo cuenta que los bárbaros llevarían su cuerpo para comerlo o ofrecerlo a sus ídolos, como solían hacer a otros (o por ventura por ser los enemigos muchos) no fueron en su busca, hasta que al cabo de cinco días se supo cómo los cuerpos de los muertos estaban todavía en el campo. Entonces fue por ellos un español llamado el capitán Diego López de Zúñiga con alguna gente que tenía, y halló el cuerpo del bendito fray Juan, fresco, sin corrupción alguna, y la sangre tan fresca como si entonces lo acabaran de martirizar; y los cuerpos de los indios, sus compañeros, estaban comidos de adives o lobos o de ciertas aves carniceras, llamadas auras, de que hay gran multitud por esta tierra que viendo cuerpo muerto en el campo, de muy lejos lo huelen y lo van a comer. Y no pienso que esto fue acaso sino con particular acuerdo de Dios para que en aquel hecho se conociesen sus grandes maravillas; porque estar un cuerpo muerto (y más en tiempo de calores) al sol y sin corromperse no es pequeño milagro; lo cual comprueba la sangre fresca que en él se vido; y ver también que los tres de los compañeros indios estaban comidos y sólo su cuerpo guardado sin mácula ni corrupción; en lo cual quiero creer que quiso mostrar el misericordiosísimo Dios cuan grata le había sido la muerte de aquel su siervo; el cual, no habiendo tenido temor ni vergüenza de confesarle por verdadero Dios entre sus enemigos, él toma la mano ahora en preservar su cuerpo y guar-

darlo intacto y fresco, para que los que lo viesan conociesen en el milagro que ese mismo Dios le había hecho digno de su gracia, y de aquel alto merecimiento de morir en su defensa, confesando su santo nombre. Y así se tuvo por milagro que el cuerpo de este santo no estuviese comido; y juntamente con esto que a cabo de cinco días no tuviese alguna corrupción o mal olor, siendo tiempo de calores como dejamos dicho, porque fue muerto a 10 de junio, año de 1541, primero día de Pascua de Espíritu Santo. Llevado el santo cuerpo a Ezatlan, el sacerdote, su compañero, le vistió un hábito, porque el suyo llevaron los bárbaros para memoria de su bestial triunfo; mas queriéndolo enterrar los españoles que se hallaron presentes, se lo quitaron a pedazos, viendo la fragancia que de sí echaba aquel santo cuerpo de tantos días muerto. Fue enterrado con mucha devoción y solemnidad, y con voz de santo, en el convento del dicho pueblo. También es de advertir que fray Juan Calero tuvo tres nombres (porque ninguno se equivoque en ellos pensando que son diferentes) el uno Calero, que era el propio y que en el siglo tenía. También se llamó fray Juan de Esperanza; y con razón, porque nunca perdió la que tuvo de morir por la confesión del nombre y fe de nuestro señor Jesucristo. Llamáronle otros fray Juan del Espíritu Santo, cuya gracia siempre moraba en su ánima y tenía ordenado que acabase su vida con martirio en la santa festividad, que para él sería (sin duda) verdadera Pascua y día del alegría de su corazón.

CAPÍTULO II. *De fray Antonio de Cuéllar, guardián del dicho monasterio de Ezatlan, provincia de Xalisco*



L GUARDIÁN DE ESTA CASA DE EZATLAN, llamado fray Antonio de Cuéllar había ido en esta sazón (como queda dicho) al capítulo que se celebraba en la ciudad de Mexico, de donde partió, despedido el capítulo, por fin del mes de mayo y llegó a Ezatlan mediado junio; y como cuando Moisés,¹ bajando del monte de recibir la ley, halló al pueblo idolatrando, así este siervo de Dios, cuando volvió del capítulo a Ezatlan, halló la tierra muy alborotada y muchos pueblos alzados y puestos en arma, y que se habían vuelto a la idolatría, a las vueltas de los infieles, los que eran cristianos, por los cuales había entrado en la sierra fray Juan Calero (como queda dicho en el capítulo pasado) y que los españoles se habían ya encontrado con los indios infieles y los indios con los españoles; en los cuales reencuentros habían muerto muchos indios de la una parte; y de la otra, cerca de treinta españoles. Y como el bendito fray Antonio era padre de aquella república, por haberla comenzado a poner en policía y predicado la palabra de Dios a sus moradores, luego como llegó comenzó a tratar paces entre los españoles y entre algunos de los pueblos que menos culpa tenían; y trajo muchos indios de paz y tornáronse a asentar y asegurar en

¹ Exod. 32.